

Ampliar el marco. Hacia una historia material de las emociones*

Extending the framework. Towards a material History of the emotions*

Juan Manuel Zaragoza Bernal
Centre for the History of the Emotions
School of History, Queen Mary University of London

Recibido: 16.12.2014
Aceptado: 30.04.2015

RESUMEN

La historia de las emociones se ha convertido, en los últimos años, en una de las corrientes historiográficas de mayor éxito internacional. Nacida como tal en los países anglosajones durante la pasada década, en los últimos años se ha ido extendiendo por otras tradiciones culturales. Esta rápida expansión ha supuesto la puesta en cuestión de algunos de sus planteamientos básicos, al tener que adaptarse a tradiciones culturales distintas a la anglosajona, lo que se traduce en la aparición de críticas y de nuevas propuestas que buscan completar y apuntalar sus aspectos teóricos, para mejorar así su alcance explicativo.

En el presente artículo se plantea la posibilidad de llevar a cabo una historia material de las emociones. Esta propuesta se basa en la necesidad de buscar nuevas fuentes históricas que nos permitan acceder a las emociones de aquellos sectores de la población que no dejaron constancia escrita de las mismas. Para alcanzar dicho objetivo, el texto presenta una aproximación teórica, basada en los *material culture studies* de la escuela de antropología de UCL, y una definición de "emoción" basada en la psicología social, para pasar a proponer a continuación dos estrategias de investigación concretas (la biografía cultural de objetos y el análisis espacial) y su apuesta por el estudio de caso como metodología privilegiada de la historia material de las emociones.

PALABRAS CLAVE: historia de las emociones; cultura material; psicología social; biografía cultural de objetos; análisis espacial

* Este texto se ha realizado con ayuda del Ministerio de Economía, a raíz del proyecto FFI2013-46361-R: "Elementos subjetivos y objetivos en la Historia cultural del bienestar (*well-being*): 1750-1950 epistemología histórica y economía moral", así como por el proyecto europeo "HISTCare - Material Cultures of Care and Emotion in Britain and Spain, 1890-1940", Project Number: 329466. FP7 - PEOPLE - 2012 - IEF, Marie Curie Actions - Intra-European Fellowships (IEF).

ABSTRACT

The history of emotions is a branch of knowledge currently in expansion. Born in the early 21st Century in English speaking countries, it has in recent years reached other cultural traditions. Despite its undeniable success, a critical approach is necessary in order to adapt it to these new cultural traditions it has reached. This implies a critical reading of its basic arguments and concepts, so as to complement and reinforce its theoretical approach, and improve its explanatory power.

The present article proposes that a material history of emotions may be a fertile approach. In a previous paper, I pointed out the necessity of finding new sources for the history of emotions, specifically ones which would give access to the emotions of those sectors of the population which have not left behind any written evidence of their emotional experiences. The paper is structured as follows: First, I will introduce a theoretical approach based on the Material Culture Studies approach of the School of Anthropology at UCL as taught by Danny Miller. Secondly, I will present a definition of emotion as held by social psychology and thirdly, I will propose two specific research strategies: the cultural biography of things and spatial analysis. To conclude, I will sustain that the case study should be the research methodology of choice for a material history of emotions.

KEY WORDS: material history of the emotions; Danny Miller; social psychology; cultural biography of things; spatial analysis

1. INTRODUCCIÓN

El empresario Pedro Conesa, uno de los muchos favorecidos por las riquezas que las minas de la Unión y Mazarrón habían proporcionado a Cartagena y su comarca a finales del siglo XIX, sentía un inmenso amor por su nieta, Antonia Calín. Como tantos otros abuelos antes que él, Pedro Conesa decidió hacer un regalo a su nieta y, de forma tal vez poco original, encargó una casa de muñecas, sin duda uno de los regalos más comunes para niños y niñas, al menos en los últimos 300 años, como demuestra la exitosa exhibición del Victoria & Albert Museum of Childhood, inaugurada en diciembre de 2014 en Londres¹ (Pasierbska, 2008). La principal diferencia entre las casas expuestas en el museo londinense y la que Pedro Conesa manda hacer en 1900 es una cuestión de escala, en este caso 1:1.

Porque Pedro Conesa no “manda hacer” una casa, ordena que se *construya*. En concreto, aprovechó una pequeña elevación en una de sus muchas fincas en las afueras de Cartagena para levantar un castillo de aire medieval, que constaría de dos plantas, guardilla, dos torres, sótano, y dependencias anexas, así como un hermoso jardín modernista. Tampoco repararía en gastos a la hora de decorar el interior: baldosines hidráulicos con diseños geométricos en todas las habitaciones, molduras enmarcando puertas y ventanas, paredes decoradas con pinturas simulando detalles arquitectónicos y marmoleados, pero también flores y formas orgánicas. Lo mismo los techos, hermosamente decorados con motivos florales y pequeños pajarillos. Conesa no reparó en gastos y contrató a uno de los arquitectos más reputados de la ciudad para el diseño: Tomás Rico Valarino, arquitecto municipal y autor de, entre otras construcciones, el Gran Hotel o el Ayuntamiento de la ciudad. Para las pinturas de esta casa de muñecas, Pedro Conesa contó con el más reputado pintor del momento en Cartagena, Wssel de Guimbarda².

1 Noticia sobre la exposición, en *The Guardian*, <http://www.theguardian.com/artanddesign/2014/dec/14/history-of-the-dolls-house-small-stories-victoria-albert-museum>, (consulta: 27-04-2015).

2 La historia del Castillito del Marqués de Fuente el Sol, como es conocido popularmente, se encuentra escrita principalmente en blogs, webs y foros de historiadores aficionados, y la documentación manejada pertenece, de forma mayoritaria, a la historia oral. No obstante el libro de Pérez Rojas (1986) contiene algunas páginas dedicadas a este peculiar edificio que pueden ser de interés (en concreto, las páginas 222 y 395). La atribución

El amor al detalle, el exquisito trabajo realizado, la sutileza de los acabados, o el ingenio en la decoración nos dice mucho acerca del desarrollo del modernismo en las provincias del levante español, de la misma forma que la construcción del “Castillito”, como se lo conoce popularmente, nos ofrece información sobre cómo la burguesía capitalista de finales del XIX construía y proyectaba su identidad pública. La pregunta que hemos querido hacernos en este artículo es si, aparte de todo esto, la construcción de este singular edificio puede contarnos algo acerca del amor que Pedro Conesa sentía por su nieta; si el cuidado en los detalles constructivos y decorativos, la elección de los temas representados en las pinturas, la disposición misma de la casa puede decirnos algo sobre cómo se constituyó el vínculo emocional entre el abuelo y la nieta. En definitiva, nos preguntamos si es posible contar a la cultura material entre las fuentes de la historia de las emociones.

Tras su rápido acomodo en el mundo académico anglosajón durante la primera década del siglo XXI, la historia de las emociones empieza a ocupar espacios también en las universidades de España y Latinoamérica. Su presencia se concreta, como lo hizo en el caso británico pero con una menor intensidad, en la aparición de instituciones, libros y grupos de investigación, un proceso que se ha ido intensificando en los últimos tres años (Moscoso y Zaragoza, 2014: 78–80).

Si bien la historia de las emociones realizada en español parte, en muchas ocasiones, de contextos, problemáticas y tradiciones intelectuales distintas a la anglosajona, ambas comparten, no obstante, una gran debilidad: la ausencia de un marco teórico riguroso (Burke, 2005; Zaragoza, 2013). Ausencia que podría resumirse en cuatro puntos: 1. Falta de una definición de “emoción”; 2. Estudios restringidos a una población escasa (básicamente, aquella que ha dejado constancia escrita de sus emociones, lo que excluye a gran parte de las clases populares); 3. Poca innovación tanto en los métodos aplicados como en las fuentes empleadas, lo que nos conduce al punto siguiente; 4. Falta de acuerdo en qué puede ser una fuente para la historia de las emociones, así Rosenwein, por ejemplo, defiende que únicamente aquellos textos que hablen explícitamente de emociones lo serán (Rosenwein, 2010)³.

El presente artículo ofrece respuestas y alternativas, si bien provisionales y parciales, a alguno de estos puntos. Nuestra intención es desarrollar una historia de las emociones basada en la cultura material. Para ello, analizaremos aquellas aproximaciones teóricas que han apostado por considerar a los objetos como protagonistas de los procesos culturales de creación de significados entendidos como el resultado de las interrelaciones entre sujetos y objetos. Esta lectura dinámica y, en cierto modo, dialéctica permite ir más allá de las clásicas distinciones entre sujeto y objeto para centrarse en las dinámicas relacionales. El siguiente paso consistirá en ver cómo se sitúan las emociones dentro de estos contextos. Para ello necesitaremos una definición de emoción que comparta la perspectiva relacional, algo que nos proporcionará la psicología social⁴.

de la decoración a Wssell de Guimbarde, por ejemplo, es parte de esa tradición oral, si bien recientemente corroborada durante el proceso de restauración del edificio. Más información en la siguiente dirección web: <https://cartagenaantigua.wordpress.com/2013/06/13/el-castillito-de-los-dolores/> (consulta: 15-12-2014).

3 Rosa María Medina Domenech (2012) hace una lectura similar, partiendo en su caso de los estudios de género.

4 Son varios los intentos de situar las emociones en estos contextos dinámicos, abandonando el “interior” de los sujetos para pasar a formar parte de la interacción sujeto/mundo. Entre estos cabe destacar el de Monique Scheer (2012) quien, basándose en la praxeología de Pierre Bourdieu y su concepto de *habitus*, defiende de forma más que convincente la tesis de que nuestras emociones no son sino prácticas que hacen uso de las habilidades de nuestros cuerpos entrenados para funcionar en determinados (y por tanto históricos) contextos sociales y de poder.

Para concluir, presentaremos dos posibles estrategias investigadoras -una centrada en la investigación de los objetos, la otra de los espacios-, que sirvan de punto de partida para la producción de estudios de casos, una metodología de investigación fundamental para la historia material de las emociones que esbozamos en el presente artículo.

2. LA HUMILDAD DE LAS COSAS

El antropólogo británico Daniel Miller publicaba su tesis doctoral, bajo el título *Artefacts as categories. A study of ceramic variability in Central India*, en 1985. Este libro era el resultado del trabajo de campo realizado durante tres años en un pueblo de la región de Malwa, situada en la India Central, estudiando la cerámica producida y utilizada por sus habitantes. En palabras de Miller, su intención al llevar a cabo este estudio era contribuir a aumentar el interés por la cultura material como fuente de evidencia en las Ciencias Sociales (Miller, 1985: IX). Escrito desde una perspectiva cercana a la etno-arqueología, Miller trata, sin embargo, temas que serán recurrentes en su producción posterior, de carácter antropológico. El primero de ellos es su interés en los objetos de la vida cotidiana, un interés que encuentra su base en la idea que estructura todo libro: “*objects, as created and interpreted by people, embody the organizational principles of human categorization processes*” (Miller, 1985: 1). La estrategia adoptada por Miller para conseguir probar esta tesis deriva de su formación como arqueólogo, y no es otra que el estudio detallado de los diversos tipos de cerámica empleados por los habitantes del pueblo, con el objetivo de explorar los factores que subyacen a la variabilidad de los artefactos⁵. Dada la finalidad de su estudio, el trabajo de Miller debe ir más allá de la mera catalogación de artefactos y de las diferencias tipológicas que encuentre entre ellos. Investigar los “factores que subyacen a la variabilidad” implica, para Miller, que esos artefactos deben relacionarse con la estructura social en la que se encuentran insertos. Por ello, Miller empieza por definir la cerámica como un código (en el sentido semiótico), en el que la forma de cada pieza debe entenderse, en primer lugar, en relación al resto de miembros del conjunto (Miller, 1985: 164).

Esta primera estrategia le permite organizar el conjunto formado por las distintas clases de cerámica de acuerdo a diversos criterios, que van desde el color hasta la función, pasando por la localización espacial. Sin embargo, esta idea de un conjunto de artefactos como código no permite estudiar los factores que propician esa misma abundancia de tipos. Es por eso que Miller, en su siguiente movimiento, nos habla de la cerámica como una cuadrícula de referencia (*grid*), que es potencialmente *articulable* con otros “códigos” de esa misma sociedad, como puede ser el de las diferencias sociales entre sus miembros (cuando ciertas piezas están restringidas a los miembros de determinadas posiciones sociales o a diversos momentos simbólicos en la vida de la comunidad) (Miller, 1985: 170 y ss.). Consigue de esta forma ligar la variabilidad formal de la cerámica con las dinámicas sociales existentes dentro de una cultura. El siguiente paso, y definitivo, es encontrar qué papel juegan los artefactos en una cultura concreta, una vez que ha logrado mostrar su inclusión en las dinámicas sociales. Para ello, utiliza la noción de marco (*frame*), que, siguiendo a Goffman, interpreta de la siguiente forma: “*means by which people are cued into appropriate behaviour [...] so that they do not have expectations inappropriate to the interpretation of these events, but which is intended ultimately as a means of showing how a notion of reality is constructed*” (Miller, 1985: 181).

⁵ Este trabajo de Miller se sitúa en la línea de renovación de la arqueología iniciada en la década de los 60, con la “nueva arqueología” y su contestación por parte de jóvenes arqueólogos británicos como Ian Hodder o el mismo Miller. Para una visión general de la historia de la disciplina desde la aparición de la “nueva arqueología” en los 60 ver Johnson, 2010.

Miller nos propone entender que los objetos funcionan como un marco en el sentido de Goffman: la presencia de una serie de artefactos (como puede ser un conjunto de piezas cerámicas) proporciona al individuo las coordenadas para interpretar un determinado evento (un matrimonio, un rito de paso a la edad adulta) en el que insertar su comportamiento, de forma que este tenga sentido (Goffman, 2006). Esta función de los objetos como “marco”, que confiere a la cultura material relevancia cultural, es posible debido a sus dos características principales: por un lado su funcionalidad -que es “naturalizada”, es decir, entendemos que los objetos *tienen* que ser “funcionales”, cuando esta es una opción cultural, arbitraria y política (Miller, 1985: 191)- y, por otro, su trivialidad: “*In the first case, the arbitrary cultural divisions are superimposed on ‘natural’ (i.e. functional) associations, and in the second case, pottery as trivia contributes to the process of cultural reproduction, because, being very rarely the focus of attention, it is well suited to framing*” (Miller, 1985: 191).

Esta capacidad de los objetos de pasar desapercibidos y, precisamente por eso, de desempeñar un papel importante en los procesos sociales es lo que Miller llamó “la humildad de las cosas” (Miller, 1987: 85-108). Esta idea, pese a su dependencia en esta formulación temprana de concepciones estructuralistas –matizadas posteriormente–, o a las más que discutibles comparaciones entre cultura material y “texto” que encontramos en el libro, será una de las grandes aportaciones de Miller a los estudios de la cultura material⁶. En primer lugar, al proporcionar una teoría de la cultura material como artefacto –esto es, qué papel juegan los artefactos en nuestros procesos sociales y culturales–⁷. En segundo lugar, la idea de la *humildad de los objetos* ofrece una justificación teórica a aquellos estudiosos de los objetos de la vida cotidiana: no importa cuán humilde parezca un objeto porque, en realidad, eso es precisamente lo que le confiere su capacidad de influencia en las dinámicas sociales. En tercer y último lugar, esta teoría de las cosas como artefactos empujó a Miller a dar un paso más allá en la búsqueda de una teoría de la *objetivación*, que el mismo Miller identifica con la búsqueda de una teoría general de la cultura que explicase el papel desempeñado por los artefactos en nuestra vida social (Miller, 2005: 7).

No vamos a detallar en qué consiste esta teoría, pero sí a señalar algunas de las características que nos parecen más interesantes. El problema al que se enfrenta Miller es el de la dualidad sujeto-objeto, ya que es esta dualidad, según él, la que impide que el mundo de la cultura material sea considerado seriamente. Para enfrentarse a este problema, Miller se basará en la dialéctica hegeliana, pero profundamente matizada por teorías de Marx y Simmel, así como por el trabajo de campo de la antropóloga estructuralista Nancy Munn sobre la iconografía de los Walbiri (aborígenes australianos que habitan un pequeño territorio de la costa norte del país, cerca de Alice Springs) (Munn, 1973). Apoyándose en estos textos, Miller desarrolla una teoría de la objetivación que toma como punto de partida la sugerencia de Hegel, en su *Fenomenología del Espíritu*, de que no hay una separación fundamental entre humanidad y materialidad (Hegel, 1985). Miller desarrolla, a partir de estos elementos, una teoría que permite superar la dualidad sujeto-objeto, que no serían sino formas derivadas del proceso de objetivación:

objectification [...] is not a theory of the mutual constitution [...] of prior forms, such as subjects and objects. It is entirely distinct from any theory of representation. In objectification all we have is a process in time by which the very act of creating form creates consciousness or capacity such as skill and thereby transforms both form and the self-consciousness of that which has consciousness, or the capacity of that which now has skill (Miller, 2005: 9).

6 Una excelente revisión de la historia de los *material culture studies* en Hicks, 2010.

7 Como el mismo Miller reconoce, la suya es tan sólo una de las posibles teorías, y cita expresamente la expuesta conjuntamente por Arjun Appadurai e Igor Kopitoff en su influyente libro de 1986.

La teoría de Miller sobre los procesos de objetivación nos ofrece una forma de acercarnos a la cultura material que es, en primer lugar, histórica –en tanto que el proceso dialéctico es, por definición, histórico–; en segundo lugar, es dinámica, -en el sentido del nominalismo dinámico de Hacking (2006)-, puesto que en el proceso de objetivación ambos, sujeto y objeto, son productores y productos: *“Dialectically we both produce and are the products of these historical processes”* (Miller, 2005: 9); y en tercer lugar, borra la distinción entre sujeto y objeto, en tanto que esta distinción no es, como acabamos de señalar, sino el resultado aparente del proceso de objetivación. Además, esta concepción de la cultura nos provee con una estrategia de investigación:

we need our ethnographies to focus upon how precisely our sense of ourselves as subjects is created [...] It is not just that objects can be agents; it is that practices and their relationships create the appearance of both subjects and objects through the dialectics of objectification, and we need to be able to document how people internalize and then externalize the normative. In short, we need to show how the things that people make, make people (Miller, 2005: 38).

No incidiremos mucho más en este asunto, simplemente queremos recalcar la semejanza con otros proyectos nacidos en la misma década de los ochenta del pasado siglo XX, especialmente con la epistemología y la ontología históricas. Similitudes que tienen que ver, principalmente, con su enfoque dinámico, ya sea en relación con conceptos epistémicos, clasificaciones ontológicas o cultura material. El proceso de creación de significados, que diría Mary Fissell (2004); la forma de constituirnos como sujetos, que dirían Foucault y Hacking (Hacking, 1995; Foucault, 2004); la manera en que aparece nuestro sentimiento de “ser sujeto”, que dice Miller... intentos todos ellos de entender nuestra forma de relacionarnos con el mundo poniendo el énfasis en la *interacción*, no en aquellos (objetos o sujetos) que interactúan.

3. UNA DEFINICIÓN DE “EMOCIÓN” DESDE LA PSICOLOGÍA SOCIAL

Como hemos dicho en la introducción, la posibilidad de un estudio material de las emociones debe basarse en una teoría de la cultura que prescindiese de la distinción entre sujeto y objeto, que fuera dinámica y pusiera el énfasis en los procesos constitutivos de la experiencia. La propuesta por Miller cumple con estos criterios. Ahora debemos complementarla con una aproximación a las emociones que comparta con ella sus elementos fundamentales. Para ello, el énfasis no debe estar tanto en qué sean las emociones sino en cómo acaecen. Es decir, necesitamos una teoría de las emociones que las sitúe como parte del proceso de objetivación, produciendo el mundo y siendo producidas por él, y no fuera de él, en una suerte de paréntesis biológico que no está sujeto a cambios.

En cualquier caso, y como un primer paso, aceptaremos la descripción que nos proporciona William Reddy de las emociones como “activaciones” que no despiertan nuestra “atención”, pero que influyen en nuestra toma de decisiones (Reddy, 2001: 128; Zaragoza, 2013: 3). A partir de aquí, sin embargo, dejaremos a la psicología cognitiva y buscaremos respuestas en una rama de la psicología que no se cita a menudo en los libros de historia de las emociones: la psicología social. Más concretamente, al libro publicado en 2004 con el título *The Social Life of Emotions* (Tiedens y Leach, 2004). Este libro resulta interesante para nuestra propuesta debido, precisamente, a su apuesta por una concepción de las emociones situadas *fuera* del individuo, una propuesta que ellos llaman *social*:

A social approach to emotion requires [...] that we stop seeing it as an individual response, and start considering it as a bridge between the individual and the world that blurs the boundaries between individuals and their contexts. From this perspective, emotions are one channel through

with the individual knows the social world, and the social world is what allows people to know emotions (Tiedens y Leach, 2004: 2).

Es precisamente el énfasis en el papel de las emociones en las relaciones entre el individuo y el mundo que lo rodea lo que nos interesa de esta aproximación. Para Tiedens y Leach, las emociones se dan (y sólo pueden darse) en la interacción entre el individuo y el mundo que habita, esto es, como parte del proceso de objetivación. Es aquí donde las emociones se sitúan, pero van más allá de esta simple localización para señalar el papel dinámico e interactivo de las emociones en la constitución de esta relación. No se trata, dicen los autores, de que las emociones *coloreen* nuestra experiencia del mundo, sino que, como parte del proceso, la crean:

emotion is conceptualized as socially constituted. In this form of sociality, emotion is seen as being defined by and defining social relationships. This perspective suggests that we cannot know anything about our social relationships without the emotions that we use to navigate ourselves through these relationships. But, similarly, emotion is fully encompassed by those social relationships. This implies that emotions do not exist within the solitary individual because it depends on social configurations to not just trigger it, but also to actually form it (Tiedens y Leach, 2004: 3).

Qué hace una emoción y a quién. Estas son las preguntas que debemos responder, según estos autores, para definir “emoción”. Tomemos como ejemplo el concepto medieval de la ira del rey, emoción regia que se diferencia de la del campesino en aquello que *hace*: modificar las condiciones sociales de un país dado, en tanto que la ira del rey es un argumento jurídico que lo mismo sirve para sofocar una revuelta de campesinos que para condenar a un noble a muerte o al destierro. El modo en que esta emoción interactúa con el mundo, la forma en que lo conforma y es conformada por él, es un excelente ejemplo de cómo las emociones son, eminentemente, sociales e históricas (Althoff, 1998).

Las emociones, por tanto, son fundamentales para dotar de sentido a nuestra experiencia, pero esta experiencia no es previa a las emociones, estas no son una mera reacción ante el mundo, sino que el mundo es constituido a través de nuestras emociones. Nuestra experiencia del mundo (del proceso de objetivación, diría Miller) es constituida, transformada, por nuestras emociones (Tiedens y Leach, 2004: 6)⁸. Unida a la dupla “activación”-“atención” propuesta por Reddy, esta teoría de las emociones se integra perfectamente en la teoría de la objetivación de Miller, así como en su propuesta, enfocada a la práctica, de la “humildad de los objetos”, al ofrecernos: primero, una imagen dinámica de las emociones, constitutivas de, pero al mismo tiempo constituidas por, las relaciones entre individuos y objetos; y segundo, unas emociones que, además, funcionan a un nivel que no captura nuestra atención, si no que nos abordan con cierta humildad. En el siguiente apartado propondremos dos estrategias de investigación centradas en el estudio de dichas relaciones. La primera estrategia tiene como foco el estudio de la *biografía* de un objeto, como una de las formas de acceder a las redes de relaciones en que está (o estuvo) inserto. La segunda estrategia consistirá en la introducción del concepto de espacio como el lugar en que estas relaciones acaecen, y cómo el estudio de estos espacios posibilita la comprensión de las emociones de quienes los habitaron.

⁸ Los autores no ocultan en ningún momento la influencia de Sartre, al que citan numerosas veces a lo largo de la introducción. Una aproximación más amplia al concepto de experiencia y a su valor para la historia de las emociones en (Moscoso, 2011).

4. BIOGRAFÍAS CULTURALES DE OBJETOS

Arjun Appadurai e Igor Kopytoff, en el influyente libro editado por el primero en 1986, proponen una teoría de los objetos como mercancía (*commodity*) que es relevante para nuestra propuesta. Esta teoría parte de una enmienda de Engels a la caracterización de la mercancía llevada a cabo por Marx en el primer tomo de *El Capital*:

Yet in Marx's own writings, there is the basis for a much broader, more cross-culturally and historically useful approach to commodities, whose spirit is attenuated as soon as he becomes embroiled in the details of his analysis of nineteenth-century industrial capitalism. By this early formulation, in order to produce not mere products but commodities, a man must produce use values for others, social use values. This idea was glossed by Engels in a parenthesis he inserted into Marx's text in the following interesting way: "To become a commodity a product must be transferred to another, whom it will serve as a use-value, by means of an exchange" (Appadurai, 2010: 8).

En confluencia con los argumentos de Simmel sobre el valor (Simmel, 1992), Appadurai propone utilizar la aportación de Engels como base de una nueva concepción de la mercancía que ponga el énfasis en la cualidad de *ser hecha para otros*, es decir, en su aspecto social. Es este énfasis en la *intercambiabilidad* de la mercancía el que permite afirmar a Appadurai que tiene una *biografía social*, la que correspondería a una determinada clase de cosas, y, apoyándose en Kopytoff, una *biografía cultural*, que se correspondería con la historia de un individuo determinado de la clase (Appadurai, 2010: 34). En cualquier caso, tanto Appadurai como Kopytoff coinciden: las cosas (mercancías) desempeñan su función en nuestras relaciones sociales⁹.

Encontramos un excelente ejemplo de cómo funciona esta “doble vida” de los objetos en el último libro de Ludmila Jordanova (2012) sobre cultura material y visual y su uso como fuente historiográfica. En la introducción de este libro, la autora nos cuenta la historia de un bolso de mano perteneciente a Margaret Thatcher que se encuentra en los archivos del Churchill College, de la Universidad de Cambridge. En apenas dos páginas, Jordanova nos narra el papel que este bolso concreto (su biografía cultural) desempeñó en la vida personal y política de Thatcher, pues el uso de esa “clase” de objetos (su biografía social) le permitía asociar su figura a una serie de valores determinados (de género) que la primera ministra británica buscaba potenciar. Pero al mismo tiempo (biografía cultural, nuevamente) es también una herramienta para lidiar con las contradicciones que en su vida sentimental generaba una relación a la fuerza compleja entre determinadas concepciones tradicionales de la feminidad y el poder. Jordanova llega a calificar el bolso de Thatcher de “símbolo condensado” (2012: XX-XXI).

En esta misma línea de investigar la función de los objetos en nuestra vida social, Miller escribe el libro titulado *A Theory of Shopping* (Miller, 2005: 18). Miller propone que un estudio detallado de las prácticas de compra nos haría olvidar la idea de que se trata de una actividad egoísta y “materialista”, y nos daríamos cuenta de que, en realidad, al comprar lo que estamos llevando a cabo es un acto de amor. Para Miller, la compra está profundamente relacionada con el sacrificio, entre otros motivos porque, siguiendo a Hubert y Mauss en su obra clásica (Hubert y Mauss, 1964), “*sacrifice is ultimately about constituting a relationship, and irrespective of whether one wishes to call this a communication or an exchange, its effect is to create the conditions for association*” (Miller, 2005: 75, el énfasis es mío).

⁹ La historia material ha hecho un uso extensivo de las biografías de objetos, hasta el punto de poder casi identificar la una con la otra, en este sentido, ver el capítulo de Stahl (2010) en el *Oxford Companion of Material Public Studies*.

La conjunción de ambos argumentos nos conduce en una dirección que será de utilidad de aquí en adelante: los objetos, las prácticas con los objetos (sean de intercambio, de cuidado, incluso las prácticas destructivas), guardan relación con las relaciones que mantenemos con las personas. Más concretamente: la acumulación de objetos se utiliza para constituir relaciones (Miller and Parrott, 2009; Miller, 2010). La biografía cultural de los objetos nos permite conocer qué tipo de relaciones son y cómo se desarrollan¹⁰.

5. ESPACIO, CULTURA MATERIAL E INDIVIDUO

La siguiente estrategia de investigación que proponemos pasa por prestar atención al espacio, entendido como el lugar en que las relaciones entre el individuo y la cultura material son ordenadas de una forma determinada. Ejemplos de espacio pueden ser un taller mecánico (en que dichas relaciones se organizan atendiendo a un principio que podemos llamar pragmático, siendo más accesibles aquellos artefactos que son usados más habitualmente), o una exposición temporal de un museo (en la que los objetos son organizados, atendiendo a sus cualidades materiales¹¹, para despertar ciertas sensaciones en los visitantes). No obstante, “espacio” es un término que tiene un largo recorrido en la historia de la filosofía occidental, por lo que una aproximación intuitiva, como la presente, resulta insuficiente. Al mismo tiempo, sin embargo, un análisis detallado de los debates y definiciones alrededor del término es algo que escapa a los objetivos de este artículo, y que, además, resultaría contraproducente para el desarrollo de la argumentación. Por eso hemos decidido prescindir de dicho debate y volvernos hacia aquella disciplina que ofrece una interpretación y un uso del concepto de “espacio” próximo al que vamos a utilizar en nuestra argumentación: la geografía humana.

Entre los teóricos que más han trabajado el concepto de espacio en la geografía humana debemos destacar, por la calidad de sus trabajos y por el impacto de sus propuestas dentro y fuera de la disciplina, a Nigel Thrift. Él es el autor de la entrada dedicada al concepto de espacio en la obra de referencia *Key Concepts in Geography* (Clifford, Holway, Rice y Valentine, 2009), y que el autor titula “Space: The Fundamental Stuff of Human Geography” (Thrift, 2009). En este capítulo, Thrift rechaza que el espacio sea un simple contenedor dentro del cual el mundo *acaeece*, sino que el espacio es producto de ese *acaecer*. Para Thrift, los espacios son el resultado del trabajo de construir y mantener colectivos mediante el proceso de establecer relaciones entre diferentes “cosas”. Este trabajo da lugar a la aparición de diferentes tipos de espacios (el espacio empírico, el espacio de las imágenes, etcétera), pero todos ellos comparten las mismas características: son relacionales e interactivos. Es decir, el espacio se produce debido a las interacciones entre el individuo y la cultura material, interacciones que, a su vez, son modificadas por el espacio (Thrift, 2009: 96). Nigel Thrift ha dedicado todo un libro a estudiar las relaciones entre espacio, política y

10 La riqueza del trabajo de Appadurai y Kopitoff hace que sus propuestas hayan sido repensadas desde el mismo momento de su formulación varias veces. Así, por citar un ejemplo, la idea de que los objetos de arte tienen una “carrera”, defendida por Vera Zolberg, inserta claramente la idea de la vida social de los objetos en el contexto específico del mercado del arte (Vera L. Zolberg, 1990). No obstante, en este contexto el que nos interesa señalar no es el de Zolberg, sino el trabajo de Maruska Svasek sobre el valor emocional de los objetos en contextos transnacionales y migrantes (Maruska Svasek, 2012). En este texto, la autora estudia el valor que las comunidades migrantes y desplazadas confieren a los objetos que las acompañan. Se basa, para ello, en la tripla conceptual “tránsito, transición y transformación”.

11 Sobre las relaciones entre cualidades materiales y experiencia subjetiva ver Fakiner, 2011. Para una propuesta de análisis de las cualidades emocionales de los objetos basada en su materialidad, ver García-Arenal, 2011.

afectos, desarrollando esta idea de espacios relacionales e interactivos (Thrift, 2004, 2008). Dicho desarrollo, sin embargo, no termina de convencernos. Coincidimos con Cooter y Stein en que el abandono, por parte de Thrift, del estudio de los procesos de creación de significados, así como la prioridad atribuida a la biología y a la neurología, nos vuelven a conducir a un campo en que la historia no sería posible (Cooter y Stein, 2013). Pese a ello, entendemos que la conceptualización que hace Thrift del espacio puede ser útil para una historia de las emociones como la que hemos delineado aquí. Como parte del proceso de objetivación, estas construcciones espaciales son también históricas, y su “naturalización” es el resultado del mismo proceso que, como hemos visto, nos permite “naturalizar” las cualidades de los artefactos. De esta forma, el espacio pasa a formar parte de los marcos experienciales, de aquello que escapa a nuestra atención pero activa nuestro “*thought material*”, de las relaciones entre personas y artefactos.

Un buen ejemplo de esta aproximación al espacio como fuente, no exenta de complicaciones que derivan de su filiación a una determinada corriente de la arqueología, la encontramos en un artículo de Harris y Sørensen publicado en 2010 titulado, precisamente, “Rethinking Emotion and Material Culture”. En este caso, los autores proponen una aproximación fenomenológica a dicha relación, según la cual es posible conocer (o aproximarse a) la respuesta emocional de nuestros antepasados en un enclave sagrado de la edad del bronce imitando su experiencia del mismo: paseando por sus espacios siguiendo su misma ruta, imaginando cómo debía ser la vista, cómo el olor a madera quemada, qué se sentiría al ir desapareciendo la luz al atardecer...¹².

6. CONCLUSIONES

En su libro *The Comfort of Things*, Miller (2009) nos cuenta treinta historias sobre cómo los habitantes de una calle del sur de Londres son capaces de encontrar cierto consuelo en su relación con la cultura material. Incluso en casos que podrían parecernos más allá de todo alivio (emigrados forzosos, enfermos expulsados de sus casas), casi todos ellos son capaces de establecer una relación con la cultura material que sirva de mediadora en sus relaciones con el resto del mundo. A través de los objetos son capaces de reconstruir su relación con un país de origen al que no pueden volver, o de llorar al esposo que los dejó de manera inesperada, víctima de un infarto. Lo que nos dice Miller es que las cosas, la cultura material, cose nuestro mundo y nuestras emociones. Teje una red tupida de protección sobre aquello que tenemos en mayor estima. Es el caso, por ejemplo, de los Cratchit, una familia que ha convertido la decoración navideña en una actividad común de cuidado de las relaciones familiares. Una tradición que va más allá del momento de la celebración, y que se extiende al resto del año, puesto que la adquisición de nuevos adornos, el regalo por parte de hijos y nietos de nuevas piezas decorativas, es parte fundamental de este proceso mediante el cual se mantienen y nutren los vínculos de amor entre todos los miembros de la familia (Miller, 2009: 18-31).

¿Fue este el caso de Pedro Conesa? ¿Estuvo pendiente del proceso de construcción del Castillito? ¿Supervisó cada una de las decisiones? ¿Escogió los motivos decorativos pensando en cómo iban a complacer a su nieta? ¿La acompañó a visitar la obra, atento a su gesto ilusionado, a los gritos de felicidad infantil? No lo sabemos. Como dice John Styles (2015) en un pequeño texto dedicado a la historia material de las emociones, seguimos

12 Una crítica a la escuela inglesa de arqueología postprocesual tal y como se explica en University College of London, sobre todo tras la introducción de la hermenéutica para la interpretación de los restos arqueológicos (Tilley, 1997) en Kus 2010.

dependiendo de las palabras. De los testimonios, ahora perdidos, que nos cuenten la biografía “social” de este pequeño palacio, de este “castillito”. Lo cierto es que, ante la ausencia de una narrativa como las que exhibe Miller, lo único que podemos hacer es reunir los escasos testimonios, la evidencia material, y esa historia de las casas de muñecas que nos cuentan en el *Museum of Childhood* para, atravesando estas tres fuentes, en un proceso de negociación constante, tejer nuestra propia narración. Y por poca que pueda parecer, ya es una ganancia respecto a cómo iniciamos el presente artículo.

¿Qué conclusiones preliminares, por tanto, podríamos extraer sobre la relación entre cultura material y emociones? Desde nuestro punto de vista serían las siguientes:

Primero, incluir la cultura material en la historia de las emociones permite superar algunas de las debilidades señaladas en el apartado introductorio. En concreto, nos ayuda a ampliar nuestra selección de fuentes, dejando de depender únicamente de los textos para pasar a poder utilizar planos de ciudades¹³ (Pernau, 2014: 542), representaciones artísticas (cultas o populares), restos arqueológicos (Harris y Sørensen, 2010), etcétera. Esta abundancia de nuevas fuentes implica también que la población alcanzada es mayor: no debemos reducirnos ya a aquellos que hablaban explícitamente de sus emociones, como defendía Rosenwein, sino que podemos prestar atención a las prácticas y relaciones materiales deducibles de fuentes textuales, por supuesto, pero también gráficas y materiales.

En segundo lugar, incluir la cultura material nos ha “obligado” a adoptar un determinado tipo de definición de emoción y no otra. Una definición centrada en la interacción social y que entiende que lo que llamamos “emoción” no es una entidad discreta que se pone en juego en dicha interacción, sino que es el resultado de ese proceso que ayuda, igualmente, a constituir. Esta definición de emoción, coherente con una determinada forma de entender la historia influida por Foucault y la ontología histórica de Ian Hacking, entre otras, permite profundizar de forma más segura en la constitución social e histórica de la emoción, algo que una definición basada en la psicología cognitiva impedía o, como mínimo, dificultaba.

Hacer posible una historia material de las emociones no es tarea fácil, pero tampoco imposible, como demuestra la creciente bibliografía y la aparición de colectivos de investigadores, aún informales, que trabajan en concretar tal posibilidad¹⁴. Apostar por tal posibilidad implica la valentía de tomar el camino *difícil* que señalaba Burke en su ya citado texto, de pensar la emoción más allá de la biología y entenderla como esencialmente histórica. Esto implica correr el riesgo de que nuestros relatos tal vez no sean *concluyentes*, que no sean *redondos*, que no proporcionen resultados sino sugerencias. Tendrán sin embargo la ventaja, insiste Burke, de ser mucho más interesantes (Burke, 2005: 40).

BIBLIOGRAFÍA

ALTHOFF, G. (1998): “Ira Regis: Prolegomena to a History of Royal Anger”, en Rosenwein, B. H. (ed.), *Anger's Past: the Social Uses of an Emotion in the Middle Ages*, Ithaca y London, Cornell University Press, 59-76.

13 Pernau señala cómo los mapas son interpretaciones pero también formas de crear y configurar una determinada forma de ver el mundo. En este sentido resulta pertinente señalar recientes trabajos de geografía humana que han buscado convertir la construcción del mapa en un proceso de articulación colaborativa que incluyese narraciones críticas de la realidad mediante la creación colectiva. Un excelente ejemplo de este tipo de acciones sería el llevado a cabo por el colectivo Iconoclastas, documentado en Risler y Ares (2013).

14 Gran parte de este proceso puede seguirse en el blog *Emotional Objects*, creado a raíz de la celebración del congreso del mismo nombre en septiembre de 2013 en Londres, y que se ha convertido en el lugar de referencia para seguir la evolución de los trabajos en historia material de las emociones: <https://emotionalobjects.wordpress.com/> (consulta: 30-4-2015)

- APPADURAI, A. (2010): "Introduction: Commodities and the Politics of Value", en Appadurai, A. (ed.), *The Social Life of Things*, Cambridge, Cambridge University Press, 3-63.
- . (2010): *The Social Life of Things. Commodities in Cultural Perspective*, Cambridge, Cambridge University Press.
- BURKE, P. (2005): "Is there a Cultural History of the Emotions?", en Gouk, P. y Hills, H. (eds.), *Representing Emotions: New Connections in the Histories of Art, Music and Medicine*, Aldershot, Ashgate, 35-48.
- CLIFFORD, N. J., HOLLOWAY, S. L., RICE, S. P. y VALENTINE, G. (2009): *Key Concepts in Geography*, London, Sage Publications.
- COOTER, R. y STEIN, C. (2013): "The New Poverty of Theory: Patrick Joyce and the Politics of 'the Material Turn'", en *Writing History in the Age of Biomedicine*, New Haven y London, Yale University Press.
- FAKINER, N. (2011): "Material Properties and Subjective Experiences: the Distant Proximity of Gustav Zeiller's Wax Models", en Jalobeanu, D. and Corneanu, S., *Passionate Minds: Knowledge and the Emotions in Intellectual History*, Bucarest, 26-28 de mayo.
- FISSELL, M. E. (2004): "Making Meaning from the Margins. The New Cultural History of Medicine", en Huisman, F. and Warner, J. H. (eds.), *Locating Medical History: The Stories and Their Meanings*, Baltimore y London, The Johns Hopkins University Press, 364-389.
- FOUCAULT, M. (2004): *Sobre la Ilustración*, Madrid, Tecnos.
- GOFFMAN, E. (2006): *Frame Analysis, Los marcos de la experiencia*, Madrid, Siglo XXI / CSIC.
- HACKING, I. (1995): "The Looping Effect of Human Kinds", en Sperber, D., Premack, D., and Premack, A. J. (eds.), *Causal Cognition: A Multidisciplinary Debate*, New York, Oxford University Press, 351-383.
- (2006): "Making Up People", *London Review of Books*, 28.
- (2007): "Natural Kinds: Rosy Dawn, Scholastic Twilight", en O'Hear, A. (ed.), *Philosophy of Science*, Cambridge, Cambridge University Press.
- HARRIS, O. J. T. y SØRENSEN, T. F. (2010): "Rethinking Emotion and Material Culture", *Archaeological Dialogues*, 17, 145-163.
- HEGEL, G. W. F. (1985): *Fenomenología del Espíritu*, Madrid, Fondo de Cultura Económica.
- HICKS, D. (2010): "The Material-Cultural Turn: Event and Effect", en Hicks, D. y Beaudry, M. C. (eds.), *The Oxford Handbook of Material Culture Studies*, Oxford, Oxford University Press, 25-98.
- HUBERT, H. y MAUSS, M. (1964): *Sacrifice: its Nature and Function*, London, Cohen and West.
- JOHNSON, M. (2010): *Archaeological Theory. An Introduction*, Chichester, Wiley-Blackwell.
- JORDANOVA, L. (2012): *The Look of the Past. Visual and Material Evidence in Historical Practice*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press.
- KUS, S. (2010): "The Matter with Emotions", *Archaeological Dialogues*, 17, 167-172.
- MEDINA DOMÉNECH, R. M. (2012): "Sentir la historia. Propuestas para una agenda de investigación feminista en la historia de las emociones", *Arenal: Revista de historia de mujeres*, 19 (1), 161-199.
- MILLER, D. (1985): *Artefact as Categories. A Study of Ceramic Variability in Central India*, Cambridge, Cambridge University Press.
- (1987): *Material Culture and Mass Consumption*, Oxford, Blacwell.
- (2005): *A Theory of Shopping*, Cambridge, Polity Press.
- (2005): "Materiality: An Introduction", en Miller, D. (ed.), *Materiality*, Durham y London, Duke University Press, 1-50.

- (2010): *Stuff*, Cambridge, Polity Press.
- MILLER, D. y PARROTT, F. (2009): “Loss and Material Culture in south London”, *Journal of the Royal Anthropological Institute*, 15, 502-519.
- MOSCOSO, J. (2011): *Historia cultural del dolor*, Barcelona, Taurus.
- MOSCOSO, J. y ZARAGOZA, J. M. (2014): “Historia del bienestar. Desde la historia de las emociones a las políticas de la experiencia”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 36, 73-89.
- MUNN, N. (1973): *Walbiri Iconography: Graphic Representation and Cultural Symbolism in Central Australia Society*, Ithaca, Cornell University Press.
- PASIERBSKA, H. (2008): *Doll's Houses from the V&A: From the V&A Museum of Childhood*, London, V&A Publishing.
- PÉREZ ROJAS, J. (1986): *Cartagena, 1874-1936 (transformación urbana y arquitectura)*, Murcia, EDITUM.
- PERNAU, M. (2014): “Space and Emotion: Building to Feel”, *History Compass*, 12, 7, 541-549.
- REDDY, W. M. (2001): *The Navigation of Feeling. A Framework for the History of Emotions*, Cambridge y New York, Cambridge University Press.
- RISLER, J. y ARES, P. (2013): *Manual de mapeo colectivo. Recursos cartográficos críticos para procesos territoriales de creación colaborativa*, Buenos Aires, Tinta Limón.
- ROSENWEIN, B. H. (2010): “Problems and Methods in the History of Emotions”, *Passions in Context*, 1, 1-32.
- SCHEER, M. (2012): “Are Emotions a Kind of Practice (and is That what Makes Them Have a History)? A Bourdieuan Approach to Defining Emotion”, *History and Theory*, 51, 193-220.
- SIMMEL, G. (1992): “Exchange”, en Simmel, G., *On Individuality and Social Forms*, Chicago y London, The University of Chicago Press, 43-69.
- STAHL, A. B. (2010): “Material Histories”, en Hicks, D. y Beaudry, M. C. (eds.), *The Oxford Handbook of Material Culture Studies*, Oxford, Oxford University Press, 150-172.
- STYLES, J. (2015): “Objects of Emotion: The London Foundling Hospital Tokens, 1741-60”, en Gerritsen A. y Riello G. (eds.), *Writing Material Culture History*, London, Bloomsbury, 165-171.
- SVASEK, M. (ed.) (2012): *Moving subjects, moving objects : transnationalism, cultural production and emotions*, New York, Berghahn Books.
- THRIFT, N. (2004): “Intensities of Feeling: Towards a Spatial Politics of Affect”, *Geografiska Annaler. Series B, Human Geography*, 86, 57-78.
- (2008): *Non-Representational Theory. Space, politics, affect*, Abingdong y New York, Routledge.
- THRIFT, N. (2009): “Space: the Fundamental Stuff of Human Geography”, en Clifford, N. J., Holloway, S. L., Rice, S. P., y Valentine, G. (eds.), *Key Concepts in Geography*, London, Sage Publications, 85-96.
- TIEDENS, L. Z. y LEACH, C. W. (eds.) (2004): *The Social Life of Emotions*, Cambridge, Cambridge University Press.
- ZARAGOZA, J. M. (2013): “Historia de las emociones: una corriente historiográfica en expansión”, *Asclepio*, 65, 1.
- ZARZA GARCÍA-ARENAL, C. (2011): “The Emotional Lives of Objects”, en Dixon, T., *Mastering the emotions: Control, contagion and chaos, 1800 to the present day*, London, 16-17 de junio de 2011.
- ZOLBERG, V. L. (1990): *Constructing a sociology of the arts*, Cambridge, Cambridge University Press.